

1 El grande apologista al venir de Asia á Roma, quiso entrar en esta gruta célebre y habla de ella en estos términos: «Estando en Cúmas, vimos un lugar en el cual se encuentra un santuario cavado en la misma roca; es una cosa verdaderamente maravillosa y digna de admiración. Allí era donde la Sibyla daba sus oráculos, nos decían los que los habian recibido de sus padres y que los guardan como un patrimonio. En el santuario nos enseñaron tres tinas cortadas en la misma roca, que se llenaban de agua, y en las que se bañaba ella. Cuando se vestía, se retiraba á la parte íntima del santuario practicado, como todo el resto, en la misma roca, y allí sentándose en medio de una gran silla elevada, pronunciaba sus oráculos.» 2.

¿Pero por qué el grave filósofo, el ilustre campeón de la fe habia querido ver con sus ojos aquella caverna tenebrosa? ¿por qué la describimos nosotros mismos con tantos pormenores y permanecer en ella tanto tiempo? Es que la gruta de la Sibyla de Cúmas que no enseña nada al arqueólogo, ofrece un poderoso interes al viajero cristiano. Ella le recuerda á aquellas vírgenes profetisas que la Divina

1 Algunos colocan la gruta de la Sibyla en una excavacion más inmediata á Cúmas; yo no tengo la pretension de decidir el debate: *videam doctiores.*

2 Hanc (Sibylam) Babylone ortam dicunt, Derosi Cha daicae historiae scriptoris filiam; et cum in Campaniae oras delata nescio quo pacto fuisset, ibi oracula edidisse in urbe quae Caemu; dicitur, Baiis, ubi sunt Thermae Campanae, sex lapidibus distans. Videmus, cum in hac urbe essemus, locum quemdam, ubi sacellum maximum ex uno saxo excisum conspeximus, rem sane praeclarissimam et omni admiratione dignam: ibi sua illam oracula edidisse narrabant, qui haec á majoribus, ut patriae suae propua, acceperant. In medio autem sacello monstrabant nobis tria receptacula ex eodem excisa saxo, quibus aqua repletis lavare eam dicebant, et cum vestem resum psisset in intimam sacelli aedem secedere, ex eodem saxo excisam, ac in medio aedis sedentem excelso solio, sic vaticinare. — S. Just. martyr. *ad Graecos Cohortatis*, C. XXXVII.

Providencia, segun el pensar de los Padres de la Iglesia, habia suscitado en medio de la gentilidad para mantener la saludable creencia del Redentor futuro. En pié sobre la silla de la profetisa, me puse á repetir este oráculo famoso puesto en verso por Virgilio: «Hé aquí un nuevo orden de cosas que comienza; hé aquí á la Virgen que vuelve; hé aquí la antigua edad de oro; un niño bajado de los cielos pone fin á nuestros crímenes y trae á la tierra la justicia y la paz 1.» Y bendijimos al Dios de bondad que nunca se ha dejado sin testimonio, y que en este mismo lugar se hace salir de la boca de la vírgen pagana, como otras veces de la boca de Balaam, una magnífica profecía; y nosotros repetimos con San Justino: «Oh Griegos, si preferís la verdad á vuestras fábulas, creed, pues, en la más antigua de vuestras Sibylas, cuyo libro extendido por todo el universo os anuncia manifestamente la nulidad de vuestros dioses y la venida de nuestro Salvador Jesucristo 2.»

Cuando salimos de la gruta, pagamos alegremente á nuestras cabalgaduras. Al recibir su salario, me dijo el que me habia llevado: «Padre, no olvideis á vuestro caballo en vuestras oraciones.—Yo le respondí sonriendo: pero mi caballo me ha llevado al camino de los infiernos.—Pues bien, rogad, por mí, Padre y el caballo y el caballero irán al paraíso.» Fué necesario separarnos; nuestros caballos se quedaron allí para ofrecer sus servicios á los

1 Eglog. IV.—Estos versos de Virgilio, así como el oráculo de la Sibyla, fueron leídos solemnemente en el concilio de Nicea.—Euseb. *Vit. Constant.*

2 Vestram igitur salutem, ó Graeci, si falsi diis, qui mille sunt, commento potiolem ducitis, credite, ut jamdixi, Sybillae antiquissimae et vetustissimae, cujus libri per tetum orbem servantur, quaeque ex patenti quodam affatu deos qui dicuntur, nullos esse per oracula nos docet, ac de futuro Salvatoris nostri Jesu Christi adventu, ac de rebus omnibus quas gesturus erat clare et aperte praenuntiat *Id.*, C. XXXVIII.

aficionados, y nosotros, tomando el sendero del lago Lucrino, volvimos á ganar nuestra embarcacion. La orilla de Baja, á que íbamos á abordar, fué en otro tiempo celebrada por Horacio como lo más delicioso del universo;

Nullus in orbe sicut Baiis praelucet amaenis.

¿Qué diria el poeta si viese esta costa desierta, inculta, insalubre y cubierta de ruinas? A la derecha se distinguen los vestigios de los *Baños de Neron*; estas hirvientes grutas son todavía estufas de un efecto extraordinario. Segun su costumbre, el guía se sumergió en ellas y salió á poco ardiendo y escurriéndole el sudor. Hé aquí unas, á continuacion de otras, las ruinas de vilas suntuosas, cuyos nombres han perecido: las ruinas de un templo de *Venus Genitrix*, bien colocado en aquellos lugares; las ruinas de un templo de *Mercurio*, digno compañero de la diosa; las de un templo de *Diana Lucifera*; ruinas elocuentes, habitadas por algunos pobres pescadores, cuyos hijos harapientos van á venderos pedazos de mármol en platos de tierra roja: últimos restos de los templos, de los palacios y de las termas de los señores del mundo! Diríase á vista de esta desolacion que Isaías profetizaba contra Baja: cuando decia á la soberbia Tiro: «Un dia vendrá en que los ricos navíos de las naciones no abordarán á tu puerto.... Tú misma no serás más que una miserable aldea habitada por algunos pobres pescadores que lavarán sus redes en tu desierta playa.» 1 Cúmas edificada como Baja en la colina, no presenta á los viajeros más que informes y numerosos despojos de antigüedades griegas y romanas. Pero le recuerda el primer establecimiento fundado por los griegos en las costas de Italia, á la famosa Sibyla, á Tarquino el soberbio, que fué á morir allí

1 Isaías. c. XXII, y siguientes.

después de su expulsion, y á Petronio que se hizo abrir allí las venas. A una legua de Cúmas á *Torre di Patria*; la antigua Linterna muestra la tumba sin corona de Scipion el Africano.

Cuando volvimos á la ribera, doblamos el promontorio sobre el cual se levanta el castillo de Baja. Fué construido por el virey de Nápoles, Pedro de Toledo, y está favorablemente colocado para la defensa del golfo, cuya monotomía interrumpe. Más léjos la pequeña aldea de Bauli, la antigua *Baccola*, se dibuja en medio del vasto panorama de ruinas que cubre toda la costa. La suntuosa vila de Mário no está representada más que por algunos arcos rotos; la pesquería de Hortensio, conocida por sus lampreas, no presenta más que dos construcciones subterráneas que se avanzan hácia el mar. Está seguida de un monumento circular, medio arruinado, que el guía nos señaló como sepulcro de Agripina, madre de Neron. Entramos á aquel monumento, cuyo origen y cuyo destino me parecen dudosos; por otra parte, el humo de las antorchas ha formado en las paredes una capa tal de hollín que es casi imposible leer las inscripciones. Sea lo que fuere de la tumba, el puerto de Bauli se parece mucho á aquel que describe Tácito en su relacion de la muerte de Agripina.

Como íbamos á dejar la barca para subir al cabo Misena, nos pidieron nuestros remeros, por sus *buenos brazos*, un plato de *maccaroni*. «Excelencias, nos dijeron, no os pasará darnos vuestras monedas; ver comer los maccaroni á la napolitana es una cosa curiosa, digna de nobles extranjeros.» Es un hecho que los viajeros en Nápoles no dejan de ir por la tarde á la puerta de *Massa*, para gozar de una representacion de esta escena nacional; gozar de ella en el mar nos pareció todavía más interesante y consentimos. Entre tanto, subimos el



flanco escarpado del cabo Misena y llegamos á la *Piscina mirabile*. Este monumento, el único bien conservado de toda la costa, es digno del nombre que lleva y de los Romanos que lo construyeron. Es un receptáculo que suministraba agua dulce á la flota estacionada en el cabo Misena. Forma un paralelógramo y descansa en cuarenta y ocho pilastras dispuestas en cuatro filas de arcos cuádruplos de una altura extraordinaria; su longitud es de 216 piés. La bóveda está perforada por trece aberturas por las cuales se presume que se tomaba el agua. Dos escaleras conducen hasta abajo, y el viajero puede ver de cerca la belleza del edificio y la solidez que le da la fuerte capa de estalactita depositada en todas sus partes. Han sido necesarias sumas enormes para construir esta piscina, y más enormes todavía para conducir allí el agua de muchas millas de distancia á pesar de inmensos obstáculos.

Pero se concibe que los Romanos no retrocedieron ante dificultades y gastos; la piscina era necesaria á su flota, y su flota era necesaria á la seguridad del imperio. Tres grandes estaciones marítimas, ligadas por puntos intermediarios, formaban un vasto sistema de defensa. La primera, establecida en Frejus, *Forem Julii*, protegía la Italia por el lado de las Galias; Augusto la formó primitivamente con navíos tomados en la batalla de Actium. 1 La segunda estaba en Ravena; dominando las costas del Adriático, oponía una barrera á las incursiones de los bárbaros del Norte. La tercera, fijada en Misena, uniéndose con la de Frejus, debía mantener la seguridad de los mares desde el estrecho de Mesina hasta las columnas de Hércules. Estas tres flotas fueron establecidas por Augusto á quien se debe la conclusion del puerto de Misena, comenzado

1 Suet., Aug., 49.

por César. Este puerto magnífico, terraplenado en parte, lleva el nombre de *Mare-Morto* que le conviene hoy.

Si la vista de la Piscina da una alta idea de la magnificencia romana, las ruinas que están allí cerca de los *Cento camerelle*, dan una alménosigual de su barbarie. Los Cento Camarelle son un edificio llamado así á causa de que contiene un gran número de piezas oscuras y de largos corredores igualmente privados de luz. Un viajero frances, que lo habia visitado cuatro años ántes que nosotros, lo ha descrito bien; le dejaré hablar: «Después de haber examinado bien este edificio, es difícil asignarle otro destino que el de una prision, y entónces se apodera de uno la tristeza al ver con qué barbarie y con qué olvido de todos los sentimientos de humanidad debian ser tratados allí los prisioneros, principalmente en cuatro largos calabozos de dos metros de longitud, que se cortan en ángulos rectos y que son espantosos. La inspeccion de los lugares hace creer que los detenidos estaban allí sentados en el suelo, puestos uno junto á otro y probablemente encadenados, como los esclavos africanos en el entrepuente de un navío negrero. En el punto de union de estos calabozos, una claraboya permitía ver todo lo que en ellos pasaba, en el supuesto de que fuesen iluminados con lámparas; este era un ensayo del sistema panóptico adoptado en muchas prisiones modernas. Delante de esta construccion hay dos hileras de arcos que parecen haber estado destinados al alojamiento de soldados de guardia y á los carceleros. Este horrible monumento confirma una observacion hecha muchas veces por diversos escritores; es esta: que los antiguos en sus perfeccionamientos sociales no atendian más que á las necesidades de las poblaciones consideradas en masa, y estimaban en muy poco los intereses y los sufrimientos de los

individuos. El cristianismo es el único que habiendo proclamado que todos los hombres son hermanos, da la importancia que conviene á cada miembro de la familia.» 1

Los famosos *Campos Eliseos* se extiende desde el *Mare-Morto* hasta el lago *Fusaro*, el antiguo *Aqueronte*, colocado del otro lado de la llanura. Estos lugares tan bellos bajo la pluma de Virgilio, aquellos jardines deliciosos regados por bellas fuentes, plantados con arbustos siempre verdes y adornados con soberbias tumbas, no son más que una viña mal cultivada. No quisimos dejar á Misena, sin visitar las ruinas de la casa de Lúculo, célebre por la muerte de Tiberio. El 13 de Marzo del año 55 de Nuestro Señor, después de haber asistido Tiberio á los juegos dados por los soldados de su guardia, se sintió atacado de un violento dolor de costado y entra á la antigua vila de Lúculo. Le llevan allí las actas del senado, se irrita y se pone á meditar nuevas crueldades. Macron, prefecto del pretorio, manda que se arrojen al viejo emperador cojines y colchones bajo los cuales hace que se sufoque. 2. Así murió Tiberio, en su septuagésimo octavo año, enfrente de aquella isla de Capri á la que hizo tristemente inmortal por diez años de crueldades y de desórdenes igualmente increíbles.

Durante nuestra excursion, los marinos habian hecho cocer sus maccaroni y los habian llevado á la barca. Apenas subimos, cuando izaron la vela y dejándonos ir dulcemente con la brisa de la tarde, se pusieron á consumir, como se habian convenido, en presencia nuestra, el manjar favorito del napolitano. Para tener una idea de esta escena gastronómica conviene representarse á aquellos barqueros de esqui

1 M. Fulchiron: *alrededores de Nápoles*, 1838, p. 290.

2 Tacit., VI, 50, Suet., Tib., 72-73, Dion. lib., LV, III.

na, quienes con admiracion de la multitud engullen con una destreza maravillosa varas de cintas ó espadas desnudas. Con la misma facilidad nuestros marinos hicieron correr por las profundidades de sus gargantas las interminables *varmi* de pasta aceitosa, que subia desde la jarra en que estaban enrollados y pasaban por sus manos levantadas encima de la cabeza á guisa de polea. La operacion, imposible para cualquiera otro, fué ejecutada en un abrir y cerrar de ojos: «Excelencias, nos dijeron ellos entónces con un aire satisfecho: ¿no es verdad que no sentís ménos vuestras monedas? Benditos seais, nobles señores; y se pusieron á cantar.

Miéntas repetian sus alegres estribillos echamos una última mirada á las costas de Baja, como para fijar en nuestro espíritu, con la imágen de aquellos lugares célebres, los numerosos recuerdos que traen consigo. La costa parecia arrojarnos estas tres palabras: ¡Lujo desenfrenado! ¡voluptuosidad! ¡crueldad!

La antigua Baja, sentada en el centro de los bosquecillos de mirtos y de laureles, llegó á ser muy pronto insuficiente para todos aquellos que querian tener allí casas ó simplemente arrendar habitaciones. Se levantó, pues, una segunda ciudad tan considerable como la primera, compuesta toda de vilas de una magnificencia real, contiguas unas á otras, dominaban el lago Lucrino y muchas se avanzaban hasta sus ondas. No habia una que no hubiese costado sumas inmensas; la de Mário, que pasó á Cornelia, madre de los Gracos, fué vendida á Lúculo en 460,870 francos (52,162 pesos.)

Desde los primeros dias de la primavera llegaba la multitud. Una comarca que encerraba tantas aguas saludables, no estaba poblada sin duda más que de gotosos; paralíticos, heridos y personas tristes y pá-

1 Plutarch, *in Mario*, c. 60.



tidas; en una palebra, de enfermos de todo género. Tal vez así fué al principio, pero á fines de la república y bajo el imperio, allí se encontraban más gentes sanas que enfermas, y estas bellas campiñas eran una morada de placer más bien que de dolor. 1.

Calígula iba allí á dar al mundo espectáculo de sus ruinosas extravagancias. Neron se trasladaba á aquel lugar acompañado de mil carruajes y de dos mil mulas cargadas de dinero; Popea le seguía rodeada de quinientas asnas cuya leche componía el baño de la cortesana, con objeto de hacer su cutis más blanca y más suave. 2. Todos los grandes del imperio marchaban siguiendo las huellas de su señor, y variaban sus placeres según sus caprichos. Unos hacían cavar piscinas semejantes á dos palacios; su gusto estaba en alimentar en ellas, haciendo grandes gastos, los pescados más raros. Hortensia hubiera consentido más bien en sacar de su caballeriza mulas de tiro para dárselas que en hacer lo mismo con un solo viejo barbo de su piscina. La salud de sus pescados le era más querida que la de sus esclavos; cuando los primeros estaban enfermos, se inquietaba mucho más de que no tuviesen agua demasiado fría que hacerla beber á los últimos. 3. Craso, que pasaba por un hombre grave; Craso, hombre censorial, se puso listo por una lamprea muerta en su casa y la lloró como hubiera llorado á su hija. 4. Esta degradación era ya general en los tiempos de Ciceron. "Nuestros grandes, escribe el célebre orador, se muestran tan contentos como si se trasladaran al cielo, cuando están en sus piscinas de viejos barbos que van á comer en la mano, y no se ocupan de los negocios del Estado.

1 Strab., V., p. 255 Dion. XLVIII p. 442.  
2 Plin., I, XI, 41.  
3 Varron., R. R. III, 17.  
4 Macreb., Saturn., II, 11.

1 "Antonia, nuera de Tiberio, ponía aretes á sus lampreas que amaba con pasión." 2.

Pero en general la sociedad que se reunía en Baja se entregaba á una vida más voluptuosa. La reputación de aquel lugar estaba tan bien establecida, que bastaba respirar su aire para perder todo sentimiento de pudor y de virtud. 3. Es "preciso huir de Baja, decía Séneca, esa es la cloaca de todos los vicios, *diversorium vitiatorum*; la prostitución hace de ella su teatro; en ninguna parte se muestra más emprendedora, ni se presenta con más libertad, como si esta vida licenciosa fuera en aquellos lugares una deuda indispensable. 4. Se encerraban todos durante el calor del día, pues por la tarde todo el mundo salía. Entonces el Laverno y el Lucrino se llenaban de bañadores y bañadoras que unían al placer del baño el de la natación, y surcaban á nado la superficie trasparente y dócil de aquellas hermosas aguas. 5. En medio de aquella multitud de hombres y de mujeres que podían haberse tomado por los tritones y las nereidas de aquellos lagos, se deslizaban millares de pequeñas barcas de todas formas y de todos colores. Los paseos se prolongaban hasta muy tarde; se comía en el agua, se perfumaba el lago con rosas deshojadas que casi ocultaban á la vista sus ondas. Orquestas colocadas en las orillas del lago ó escalonadas en el flanco circular de las montañas, acompañaban con sus conciertos aquellos paseos y aquellas comidas; y durante toda la noche solo se oían sinfonías y canciones líbricas, repetidas por los ecos de los alrededores. 6.

Me engaño, á los cantos de la voluptuosidad mezclaba la crueldad su lúgubre voz.

1 *Ad Attic.*, II, 1.  
2 Plin. IX, 53.  
3 *Cicer pro Caelio*, 20; mart. 1, 63.  
4 *Epist.* 51.  
5 Propert., I, 11, V., 11.  
6 Senec. *Epist.* 15, etc., etc.

En aquellas orillas encantadas corria la sangre humana en honor de Augusto, Marcron sofocaba á Tiberio, Calígula arrojaba á sus cortesanos á las olas, y Neron mandaba el asesinato de su madre.

¡Lujos! ¡deleites! ¡crueldad! tales fueron las últimas palabras con las cuales resumieron Pouzzoles y Baja á la brillante sociedad que habitó sus riberas al desceper ésta á las sombras de la noche.

## 22 DE FEBRERO.

Pompeya. —Historia y ruina de la ciudad.—Aspecto general.—Impresiones.—Exámen de los edificios religiosos, civiles y privados.—Reflexiones.

"En Pompeya, la antigüedad no es aquella antigüedad vaga, remota, incierta, esa antigüedad de las ruinas mutiladas de Pouzzoles, de Baja y de otros países; menos todavía aquella antigüedad de los libros, de los comentadores, de los arqueólogos; es la antigüedad real, viviente, en persona, si puede llamarse así; se la puede seguir, ver y tocar." Antes de llegar á esta ciudad, única en el mundo, nos pareció conveniente conocer su historia. Pompeya, situada al pié del Vesubio, sobre el rio Sarno, era una de las ciudades más importantes de la Campaña. Su posición hacia que formara el centro comercial de Herculano, de Stabia y de Nuceria, contaba cerca de veinticinco mil habitantes. Fundada por los Etruscos ó los Griegos, fué convertida en colonia romana por Syla, y llegó á ser, como todos los alrededores de Nápoles, una morada de delicias para la alta sociedad del imperio. Ciceron, que tenia vilas en todas partes, tenia una en Pompeya, cuyas comodidades y cuyo gusto iguala á él á la villa de *Tusculum*: *Tusculum et Pompeianum valde me delectant*. El año 63 de la era cristiana, un temblor de tierra causó grandes perjuicios en Pom-

peya; pero sus huellas habian ya desaparecido casi completamente, cuando la terrible erupción del Vesubio del año 79 hundió aquella desgraciada ciudad, así como á Herculano y á Stabia; Herculano era, según se dice, una ciudad de cuarenta mil almas; la población de Stabia no es muy conocida. Para asistir en cierto modo á la espantosa catástrofe, cuyos efectos íbamos á reconocer después de mil setecientos años, nos vino el pensamiento de leer la descripción en Dion Casio y en Plinio el Joven, testigo ocular.

Hé aquí sus palabras: "El 1.º de Noviembre del primer año del reinado de Tito, una hora después del medio día, se percibió por el lado del Vesubio una gran nube de una forma singular y que semejante á un pino, se levantaba desde luego á una altura considerable y formaba como un tronco, desde el cual se escapaban muchas ramas. Esta nube era ya blanca, ya ceniza, ya sembrada de manchas. Entretanto, todo se hacia espantoso en la naturaleza; la tierra temblaba; la cima de las montañas ondulaba; habia ruidos subterráneos semejantes al ruido del rayo, que se mezclaban á largos mugidos que hacían resonar las costas del mar; el suelo se calentaba, el golfo de Nápoles hervía y el cielo tenia color de fuego; parecia que todos los elementos desencadenados se hacían una guerra en que los hombres iban á ser víctimas. Repentinamente el fuego subterráneo, causa de aquella terrible conmoción, venció los obstáculos y el Vesubio lanzó á los aires piedras de un tamaño prodigioso que rodaban desde lo alto de la montaña. Salieron del cráter columnas de llamas y bien pronto fueron seguidas de un humo tan espeso que oscureció el sol y cambió el día en una noche espantosa.

Entonces el espanto llegó á su colmo; cada cual creía llegada su última hora. Créase ver en aquellas horribles tinieblas



gigantes y fantasmas armados unos contra otros; parecia que el mundo iba á volver á entrar al caos arrastrando consigo á los mismos dioses. Unos abandonaban sus casas agitadas y prontas á caerse sobre ellos, para buscar su salvacion en las calles y en los campos; otros huian de los campos á las ciudades y á las casas; los que estaban en el mar se esforzaban por ganar tierra y los que estaban en tierra corrian hácia el mar."

Entretanto, llegan inmensas nubes de cenizas que llenaron el aire, la tierra y el mar. Estas llegaron hasta Roma en cantidad bastante para oscurecer allí tambien el dia. La sorpresa fué igual al terror, porque la causa de este extraño fenómeno no era todavía conocida más que en Campánia. "Aquí, añade Plinio, caian en una lluvia tan abundante y tan rápida, que estando yo en Misena, distante cinco leguas del Vesubio y viéndome obligado á sentarme con mi madre á un lado del camino, temiendo que la multitud que huia en tumulto nos matase en la oscuridad, era necesario levantarnos incesantemente para sacudir la ceniza, que sin esta precaucion nos hubiera cubierto y hasta sufocado." 1

Miéntas estas nubes de cenizas ardientes sepultaban bajo una capa de 12 piés de espesor á Pompeya y á Stabia, torrentes de lava vomitados por el cráter y mezclados con cenizas, arena y agua hirviente, corrian por las calles de Herculano, penetraban á las bodegas, se elevaban en las habitaciones y luego enfriándose formaban una masa compacta que no permitió ya distinguir ni forum, ni edificios, ni ciudad. Lo que añadía horror á esta escena era la espantosa oscuridad que reinaba en todas partes. "La noche, continúa el mismo testigo, era, no lo que es la noche más oscura en pleno campo, cuando no se ven ni luna ni estrellas, sino lo que es en un

1 Lib. VI, Epist. XVI y XX ad Tacit.

cuarto bien cerrado despues que se han apagado todas las luces. 1" De vez en cuando aquellas tinieblas espantosas que duraron tres dias, estaban iluminadas por intervalos, no por el brillo del dia sino por el resplandor de las llamas que se lanzaban del cráter. Despues venia de nuevo la noche, y la lluvia de cenizas más espesa y más abundante. En fin, el dia se presentó; cada cual hizo de sus ojos y llevó sus miradas á los objetos que le rodeaban. Todo estaba cambiado y trastornado, el mar habia perdido sus límites, y la tierra cubierta de montones de ceniza, como á veces lo está por la nieve en los dias de invierno, presentaba el más desolador espectáculo. 2"

Resulta de esta relacion, que la catástrofe sucedió con bastante lentitud para permitir á los habitantes que huyeran; de ahí viene el poco número de esqueletos hallados hasta hoy en las excavaciones.

Como quiera que sea, el recuerdo de las desgraciadas ciudades quedó en la memoria de los habitantes del país, aunque la llanura uniforme que las haya cubierto haya hecho olvidar su verdadera situacion. Con razon, por ejemplo, los *gutas* y los *cicerone* suponen á Pompeya vuelta á encontrar hasta el último siglo. "Y desde luego el anfiteatro, situado fuera de la ciudad, en medio de los campos cultivados, levanta, aunque está sin gradas, su segundo rango de arcos á 6 ó 7 metros encima del terreno, é inclinándose y arrastrando con la vista la superficie de la tierra, se ve que ha debido desaparecer cerca de un metro del primer rango. Además, la parte superior y el entablado no han sido destruidos sino sucesivamente y por el trascurso del tiempo. Así, desde la catástrofe de Pompeya, este anfiteatro, que existía tan cerca de Nápoles, en un país tan po-

1 Id., id.

2 Plin., *id.*, *in Dio. Tito.*

blado, no ha podido escaparse á las miradas; este era un signo siempre subsistente y un testimonio de que la antigua ciudad debia estar sepultada en las inmediaciones. Además, una antigua inscripcion parece indicar que el emperador Alejandro Severo mandó cavar las cenizas de Pompeya y que estas investigaciones le procuraron estatuas, columnas y preciosos mármoles. A principio del siglo décimosexto, esta ciudad, que yace en ruinas todavía en pié, era tan bien conocida como hoy.

Hé aquí lo que dice de ella Sannazar: "Esta ciudad, que se presenta á nuestra vista, llamada Pompeya y célebre en otro tiempo, fué sepultada por un temblor de tierra, habiéndole faltado el piso, segun creo; género de muerte extraño y horrible para una nacion desaparecer en un instante del número de los vivos. . . . Hablando así, ya estábamos muy cerca de la ciudad que era objeto de nuestras reflexiones, porque se podian ya distinguir las tierras, las casas, los teatros y los templos casi intactos. En 1572 el conde de Sarno al mandar cavar un canal subterráneo para conducir agua á la Torre, atravesó y cavó en diagonal la playa de la ciudad: descubrió en ella todavía casas, calles, templos y otros monumentos." Un siglo despues, Macrini en su obra de *Vesubio* dice que conjeturaba que el sitio llamado *Civita* debia ser Pompeya; y añade que no es solo el nombre de *Civita* el que lo conduce á creerlo, sino tambien que ha reconocido él mismo construcciones enteras, ruinas de grandes paredes y pórticos en parte fuera de la tierra. Es, pues, evidente que esta ciudad no fué nunca olvidada despues de su catástrofe y que la tradicion y algunos monumentos todavía aparentes conservaban su recuerdo; pero el momento en que debian ocuparse de ella seriamente, no habia llegado todavía. Por fin en 1748 algunos campesinos, al abrir

una fosa, descubrieron todavía habitaciones, estatuas y objetos que servian para el uso de la vida. Desde entónces Pompeya atrajo la atencion de todos los sabios de la Europa y volvió á entrar en su gloria. 1

Herculano la habia precedido algunos años solamente. En 1713 el príncipe d'Elbeuf, Manuel de Lorena, al mandar edificar una casa de recreo en Portici, descubrió sin esperarlo una gran cantidad de mármoles, á 60 piés bajo del suelo. El rey de Nápoles, que llegó á ser propietario de la casa del príncipe d'Elbeuf, continuó las excavaciones y en 1736 se reconoció la existencia de una ciudad entera: esta era Herculano. En cuanto á Stabia se han limitado todos á encontrar no más el lugar que ocupaba.

El escombrar á Pompeya fué empresa que tomó con actividad el rey Murat; ochocientos obreros trabajaban en ella sin descanso. Hoy apenas se cuentan cuarenta; al paso que van las excavaciones es preciso esperarse cerca de quinientos años para tener el gusto de gozar del aspecto de la ciudad entera, porque las murallas descubiertas de 1812 á 1813, muestran que apenas se ha descubierto la cuarta parte de Pompeya.

A buena hora llegamos en coche á una de las puertas de la ciudad silenciosa. Un veterano, con la carabina á la espalda, y un cicerone con sombrero en mano, se adelantaron á recibirnos. Segun nuestra costumbre, quisimos tener una idea general de la ciudad ántes de examinarla en pormenor, y dimos una vuelta á las murallas. Pompeya, situada al Sur-Este del Vesubio, en una llanura ligeramente accidentada, describe un óvalo abierto hácia el centro y que se extiende de Noreste á Suroeste; su circunferencia es de cerca de 9 kiló-

1 M. Fulchiron, *Inmediaciones de Nápoles*, p. 336.